

LA OBRA LITERARIA DE SANTIAGO RUSIÑOL

P o r F E L I X R O S

SÓLO alcancé a tratar a Santiago Rusiñol por el verano de Arbucias; él, en sus postreros años, y yo, niño. Un chófer muy frescales que tuvo entonces solía conducirle el auto hasta un molino abandonado, carretera de Viladrau, donde pintaba cada atardecer. No en una ni en dos ocasiones cargué yo con sus trebejos, con sus telas de olorosa pintura, hasta el coche de nuevo: era el cotidiano remate de la tarea. Por contra, D. Santiago me enseñó a jugar mal al billar. El puso su enseñanza; el «mal» lo puse yo, y no adrede. Sentábase sobre el paño verdisucio, al fin; con su eterna, apagada, pestilente, pipa, su sonrisa dulce y su sombrero deforme. Doña Luisa, la esposa, andaba siempre detrás para que no bebiera.

Rusiñol pertenece al último desgaje de la *Reinaxensa* catalana, y, dígase lo que se diga, a la última promoción con resonancia peninsular. Hablamos del escritor ahora; del com-

pañero de Ignacio Iglesias, de Narciso Oller, de Apeles Mestres. Cuanto posteriormente haya pesado en la Literatura de aquella región incumbe a minorías; y no sólo por el porte de cada mentalidad, sino incluso por cierta unánime manía de las más altas hacia lo poético. El cuadrunvirato que menciono, al revés—salvo tentativas de Iglesias y estrofas abundantes, sí, pero de estirpe muy popular, del autor de *Margaridó*—, aborda géneros de comprensión mayoritaria. Y será estúpido quien niegue que la salud del Arte para capillas dimana de la exultante robustez del Arte para coliseos.

He llamado a nuestro hombre «Don Santiago» porque así, contra las normas del alquimial catalán al uso, gustaba él le llamasen, en detrimento del obligatorio «*Senyor Santiago*». (Y no hablemos ya de que «Santiago» ha sido sustituido *urbi et orbe* por su equivalencia *Jaume*...) Tampoco transigía con que le convirtieran el Rusiñol del apellido en *Rossinyol*, grafía contemporánea de su significado = ruiseñor. Recuerdo la preocupación de Mestres, paralela: conservar «Apeles», según siempre firmara, y «Apel.les» con los demonios. Era un grupo sin prevenciones—al revés: desprevencidos—: gracia, generosidad, amplitud, en todas sus cosas. Quizá tal cual de ellos conoció, en pequeña escala, hechos diferenciales; pero ninguno los provechos diferenciales que sobre aquel fardo se escondían.

Al leer con tanto gusto hoy estas *Obras Completas* que Editorial Selecta lanza (1), evoca uno, sobre cualquier otro considerando, el de la ligazón íntima entre la obra de Rusiñol y su propio vivir. Ello ha sido agudamente subrayado

(1) Santiago Rusiñol: *Obras Completas*. Prólogo de Carlos Soldevila. Biblioteca Perenne, Barcelona. Un vol. de 2.272 págs., en 4.º menor, encuadernado en piel.

por Carlos Soldevila en el prólogo a la edición. En una u otra forma, las páginas de Rusiñol son siempre autobiográficas o autoclimatéricas. No sólo en sus deliciosos relatos periodísticos—*El poble gris, Del Born al Plata, L'illa de la calma, el Glossari...*, o *Impresiones de Arte, Desde el molino*—, sino también en sus novelas y comedias. Para él lo que vale siempre es el mundo inmediato, circundante. Lo que aprende de la vida sin demasiado esfuerzo, pero asimismo sin demasiado desdén. El justo que corresponde a un señor, que eso es, por estirpe y por calidades, «Don Santiago».

Inmemorialmente, sin esfuerzo... «A título de hipótesis (escribe Soldevila), podemos, como me tienta a mí, opinar que Rusiñol concebía sus novelas y sus comedias de una manera rápida, fresca, sin la menor prevención. Casi afirmaríamos que muchas de ellas parecen nacidas de un choque casual con una anécdota, con una sola anécdota, como nacen los artículos de los periodistas por lo común. Me parece verle, una pierna sobre la otra, en cualquier tertulia de café, cuando, tras oír contar determinado episodio culinario, exclama: «Toma, ahora escribiré un sainete contra el vegetarianismo...» Y otro día, asistiendo a una discusión sobre el conflicto de Verdaguer: «Toma, ahora haré un drama...» Y, ante la moda de nombrar reinas o *misses*: «Toma, voy a meterme en una comedia que se titule *Miss Barceloneta*...» Y así sucesivamente. Se hace cuesta arriba imaginar a nuestro autor meses y meses preocupado, obseso por un tema, por una sensación. Aún más, suponerle meses y años—a lo Flaubert—puliendo el estilo de cualquiera de sus novelas. Sobre este último extremo, sin pecar de temerarios, podemos afirmar categóricamente que Rusiñol no padeció el suplicio del estilo. No. El estilo rusiñolesco es el de la conver-

sación—el de su conversación, ni más ni menos—. Escuchar la lectura de *El poble gris*, donde hay páginas excelentes, o de *L'illa de la calma*, donde las hay aún mejores, es como escucharle a él cuando abordaba un tema que le apeteciese...»

Hombre completo, y, por tanto, amigo de la circunstancia, a sus contemporáneos, a quienes me venía a pluma llamar contertulios, les pareció que su facultad interna se decentralizaba y fechaba en exceso, hasta convertirse en Arte adjetivo sólo. ¡Incauta miopía! Cuanto más concreto, más eterno resulta nuestro hombre. Su capacidad esencializadora era, sencillamente, genial; más trascendente, él, cuanto más mimificado. El que suscribe—verbigracia—presume de conocer Mallorca, donde, Dios mediante —y, a ser posible, en tiempo remoto—, le enterrarán. De mi conocimiento no han protestado ni los mallorquines, lo que exhibo con tanto orgullo como mis frecuencias allá. Pues bien: en manejo de casi toda la literatura clásica sobre Mallorca, a partir del astuto Cortada (1845) especialmente, ahora he leído, por primera vez, esa *Isla de la calma* con que el de *El místic* la bautizó. ¡Qué buidez, Dios eterno; qué entrañable exactitud sobre, o bajo, seres, climas y cosas! Rusiñol consigue lo más difícil y lo que en rigor sólo un catalán puede conseguir: adorar aquello de lo que se burla. Nuestros paisanos, en efecto, revelan especiales matices para lo familiar, para lo que amamos con tolerancia más guasona y cómplice. Véanse capítulos como «El tramvia de la prudència», «Botigues de repòs» y los dedicados a Valldemosa. ¿Es posible chancearse de algo o de alguien con más gracia, también con más elegante ternura?

Edifica él con su consistencia, la universalidad de su Arte, sobre esos cimientos de lo efímero. Meticuloso cronista de

un tiempo—jamás filiado por efectos exteriores, sino por causas internas—, de las hormonas de éste alimenta su indeclinable porvenir. Porque dudo que, pese a la desmadejada sencillez de su estilo, se creyera Rusiñol un circunstancial precisamente. Todo era en él menos juego de lo que parecía. No porque, como Soldevila rechaza, «crease con dolor»; pero es que el que se ahorra al escribir no se lo había ahorrado viviendo. Y quien reprocha al autor de *Llibertat!* no encaminarse más que por donde no le costara esfuerzo, no olvide que esos son los caminos que conducen de veras. *L'auca del Senyor Esteve*, que, tanto en novela como en su versión teatral, es una maravilla, debió de producirse con la velocidad indispensable para serlo—habida cuenta de su tono super espontáneo, popular...—. Pero ¡qué juveniles tristezas no le ocasionaría a Rusiñol el asunto, tantos años adelantado a su desarrollo! No era otra que la propia aquella historia de *Ramonet*, el inesperado artista en una genealogía de comerciantes. Huérfano muy niño, efectivamente, quedó bajo la tutela de su abuelo paterno, *Don Jaume*, emprendedor y activísimo, que encarama al rapaz a un alto pupitre, dedicándolo a los números sin otra previa consulta que la del calendario. Las rebeliones del mozo, correspondía a su carácter, resultaron internas. El iba a lo suyo, a pintar—lo de escribir vino más tarde—; pero actuó como cajero, muy obediente, hasta estipularse la de cierto cumpleaños del abuelo fecha oportuna para mostrarle el primer óleo. Aquella desahogada posición de la familia cobijó sus triunfos, qué duda cabe. Así lo reconoce él. En la penúltima escena de *L'auca...*, su padre, moribundo, se lo recalca a *Ramonet*, incipiente artista: «Date cuenta siempre, y a todas horas, de que tuviste un padre que no fué nada en el mundo para

que pudieses serlo tú; que se dedicó a hacer dinero para que no te faltara; que actuó como tierra pobre, para que tú la heredases ufana sólo; que no se movió del nido a cambio de que pudieras volar... Y que si en este camino que hoy emprendes haces alguna buena obra, sin mí no la habrías hecho.»

Muy catalán es puntualizar todo favor que se otorga. Al beneficiario, siendo catalán asimismo, no le ofende. Rusiñol concreta los términos, agradece según es de rigor; pinta, escribe, y de un salto, desde el empinado taburete de su escritorio, cae en París.

Esos años, que se inician junto a Zuloaga, Uranga —modesto pintor vascón— y el periodista barcelonés Jordá, no equivalen más que a comienzo de muchos prósperos, y no egoístamente, para él. Sitges, en los terminales, podrá hablar con amplitud del munífce Rusiñol. Cuadros, libros, viajes, comedias: la actividad proteica de este «perezoso por oficio» nos entretendría más de lo que aquí conviene. Si en Pintura, por un indiscutible concordato con el gran retratista Casas, no abandona el paisaje, en las Letras, en cambio, aborda archidiversos géneros —salvo la Poesía, antípoda de su afán confortablemente atomizador de las cosas—. «... En la Cataluña de la *Renaixensa*, a la cual pertenece aún de lleno la figura de Rusiñol (anota Soldevila), los terrenos por cultivar eran innumerables, y la tentación para abordarlos, irresistible.»

Vida fácil, pues, en principio, mas con tal gracia que todas las dificultades que luego el artista se procuró evaporáronse al leve giro del ala del ángel. Releyendo sus páginas ahora, leyendo tantas por primera —que no será única— vez, evoca uno aquella humanísima actitud del desaparecido,

ante las apetentes velocidades de quienes sólo chapotearon en la dificultad. ¿No conviene que, de vez en cuando, los hados le concedan a alguien *todo*? ¿No conviene que haya señores de nacimiento, flexibles profesores para la equitación, en alta escuela, de la vida? Si ellos saben cumplir su deber, son infinitas las cosas que se salvan...

Y quedan otras que sólo la gente en aquellas circunstancias, cuando —además...— le tocó algo de talento, nos puede decir. Véase, en *Del Born al Plata*, ese capítulo, prodigio de intuición y gallardía, en que nos cuenta quién es el porteño, consciente y sonriente, expoliado entre la frenética rebatiña de mil intrusos. ¡Cómo nos plantea Rusiñol su primordial afán por el conocimiento del Viejo Mundo, tras «la ranciedad de las cosas poéticas la locura de decadencia que la civilización trae, el aroma de las flores del Arte, todo lo que desea y no alcanza a obtener su austera Argentina...»!

«Y un día se va. Y cuando, allá en el mar, se cruzan de noche dos grandes barcos: el que viene brilla de ambición, el otro sonrío de gozo. En el uno se acercan inmigrantes, a hacer dinero, cueste lo que cueste; en el otro se van los emigrantes, a gastarlo, sea como sea. Trae el uno lágrimas de Europa; el otro, sonrisas de la Argentina.»

Esta es el *auca*, las aleluyas, de Rusiñol. Muchas generaciones de trabajo, para una mano que trace en lo eterno. Así se llegó a la buena Música, a la buena Cocina, a la Civilización —que acaba de mencionarse—, claro está... Lo malo, cuando el ya inapelable heredero, el de lujo, no cumple su difícilísimo deber de fin de raza.